

El concepto de "muerte" en el mexicano

ELSA CANO

No hay cultura en el mundo que no haya tenido necesidad de trascender. El hombre siempre se ha negado a aceptar su muerte y por ello creará otro mundo, el del más allá, el de los dioses, el de los muertos y así de esta forma logrará su objetivo: Trascender.

La fugacidad, la brevedad de la existencia humana define, por contraste, la inmortalidad; ésta puede ser esperanza, temor, paz, dolor, porque para muchos muere el hombre en la carne para renacer en el espíritu; la creencia en la inmortalidad está fuertemente ligada al problema de la fe; se habla de que el hombre puede estar en deuda y debe presentarse para ser juzgado por obedecer o desobedecer los mandatos divinos.

Otra forma de concebir la inmortalidad es a través de la perpetuación de la especie, o bien, por las obras realizadas (palpables o no) que el recuerdo impide sean olvidadas.

La muerte para el mexicano es algo tan íntimo, tan cercano, como dijo el poeta Xavier Villaurrutia, que nadie se puede despojar de ella.

Es una herencia presente desde la lejanía de la literatura prehispánica.

La muerte es una presencia interior, una angustia, una actitud que da al individuo continuidad y discontinuidad. Continuidad en el sentido de una trascendencia,

de una prolongación metafísica elaborada por las propias creencias y mitos de un ultramundo, de la condenación o la redención eterna. Es discontinuidad ya que en la disgregación de la persona, en la descomposición (putrefacción) termina la verdad tangible. En los dos conceptos relacionados por el temor y la esperanza se une fuertemente el sentido del vacío.

Para el mundo prehispánico la tierra era una plancha rectangular y en el centro estaba el sol. La respues-



Cuauhtémoc Rodríguez

ta a la necesidad de trascender estaba condicionada a una serie de situaciones determinadas. Cuando un hombre moría podía llegar a tres lugares diferentes:

- a) El sol
- b) El Tlalocan
- c) El Mictlán

Al sol llegaban los guerreros que morían en la lucha, heridos o sacrificados por el enemigo; las mujeres que morían de parto porque ellas son o eran las grandes paridoras de guerreros.

El Tlalocan es el paraíso de Tlaloc, el dios del agua, de paz, de luz, de vida. Su contraparte es Huitzilopochtli, dios de la guerra y dios de la muerte.

El Tlalocan es un lugar de frutos, semillas y verdor; a este lugar llegaban hombres y mujeres cuya muerte se relacionara con el agua: muertos por un rayo, en una inundación, hidrónicos, reumáticos, enfermos de gota, diarrea, etcétera.

El Mictlán es el lugar oscuro, el inframundo y aquí llegaban todas las formas de muerte que no fueran las señaladas por el lugar del sol y el Tlalocan. Estos tres lugares a donde iban los muertos es un pensamiento exclusivo de nuestra concepción prehispánica, porque la forma como se muere es la que determina a dónde se va.

La antigua obsesión mexicana por la muerte surge también como una motivación en el arte. Hay calaveras en monolitos de lava, en miniaturas de oro y cristal, en máscaras de obsidiana y jade; cráneos esculpidos en muros, moldeados en vasijas y dibujados en tela. Esta herencia con la cual se juega para que no sorprenda, la encontramos en juguetes infantiles, en silbatos, en llaveros, en alcancías y en dulces; en máscaras y en joyería. Hay pan de muerto y calaveritas de azúcar: Durante el siglo XIX apareció la muerte en grabados y en aguafuertes y el mejor representante es José Guadalupe Posada (1851-1913), el autor de "La Catrina" (Calavera que usa sombrero y se presenta muy bien vestida).

En la famosa fiesta de muertos (1 de noviembre) aparece una manifestación literaria que se conoce con el nombre de "calavera": es un verso con rima libre que se escribe con ironía o burla a personajes conocidos que están vivos, como si ya hubieran fallecido.

La familiaridad del pueblo mexicano con la muerte también puede observarse cuando le canta en "corridos" y la llama "pelona"; la desafía en canciones populares y le grita "Si me han de matar mañana, que me maten de una vez".

El rey poeta Nezahualcōyōtl se refirió a la muerte como uno de los grandes temas de su poesía. Han transcurrido casi quinientos años desde la conquista y hoy contemplamos danzantes que se mueven al ritmo de tambores y flautas, con cascabeles atados a los tobillos que bailan teniendo presente a la muerte.

En la Generación Contemporánea, la mayoría de sus integrantes tiene poemas dedicados a la muerte. José Gorostiza autor de "Muerte sin Fin" describe la muerte como una dolencia eterna que clarifica y establece las vicisitudes del ser humano.

La preocupación por la muerte, universalmente conocida y practicada por muchas culturas, en diversas épocas, ha sido mostrada en liturgia, en heráldica, en alquimia, en artes plásticas y en literatura. Surge como sacrificio, como deseo propio de destrucción, por efecto de tensiones excesivas y crea héroes. Se le ha rendido culto religioso en algunos lugares pero, para el pensamiento prehispánico, implica un profundo respeto, una tradición y toda una concepción. Otros pueblos consideran la muerte como una liberación. Hasta en las leyendas de seres fantásticos mexicanos encontramos a la muerte: el nahual, Xtabay, el sombrero, el cadejo, y la yegualcīhuatl.

El mexicano de hoy, el del siglo XXI lo quiera o no, carga con la herencia de aceptar a la muerte y jugar un poco con ella para que el encuentro definitivo con la muerte no sea demasiado cruel.